



NÚMERO
DOMINICAL
EXTRAORDINARIO
DECENTIMOS

HEMEROTICA
F. MERINO SANCHEZ



Mientras el ABC dominical de aquel 19 de julio se ponía a la venta, con su portada y correspondiente pliego de color, graves acontecimientos tenían lugar en Madrid. El Cuartel de la Montaña sufría un asedio y capitularía al siguiente día.

EL GOBIERNO DE LA REPUBLICA SE INCAUTA DE LA CASA DE ABC

Los acontecimientos inmediatamente posteriores al 18 de julio de 1936, fecha clave en la Historia de España—no quedaron reflejados en las páginas de nuestro ABC, puesto que el día 20 el diario fue requisado por orden gubernativa y el día 21 por un comité que se hizo cargo de su dirección. Vamos, pues, a sintetizar los sucesos de aquellas trascendentales jornadas a través de las informaciones aparecidas en ABC de Sevilla, de los recuerdos de los trabajadores que prestaban sus servicios en nuestra Casa de Madrid, y de la recopilación que publicó la revista «Blanco y Negro» en 1966.

«Este número está visado por la censura», anunciaba en su primera página de tipografía ABC el 19 de julio de 1936. El aviso, habitual ya en los últimos meses, revestía aquel día especial importancia. La tarde anterior, noticias de que el Ejército de Marruecos se había levantado en armas contra la República y el general Queipo de Llano había declarado el estado de guerra en Sevilla corrieron por Madrid como un reguero de pólvora. La primera información sobre el alzamiento militar llegó a Serrano, 61, en la misma mañana del 18, sábado. Desde las muertes violentas del teniente Castillo y de don José Calvo Sotelo, el

ambiente había intensificado su angustiosa densidad. Algo tenía que ocurrir. Aquella atmósfera cargada de electricidad exasperante necesitaba una descarga copiosa y definitiva. Por eso no sorprendió a nadie en la Redacción de ABC aquel breve telegrama que comunicaba el alzamiento de la guarnición de Melilla contra el Gobierno de Madrid, telegrama que no pudo publicarse.

También en «Prensa Española» se palpaba el mismo ambiente cargadísimo. En máquinas, en encuadernación, en otras dependencias de la Casa, las opiniones y los hombres acusaban la misma escisión que en la calle. Ha-

bia gente moderada, centrista, extremista. Pero ABC salía todos los días, como siempre. Aquel 18 de julio, como siempre también, se cerró el número y empezó a funcionar la rotativa. Pocas horas después, domingo 19, los vendedores ofrecían el diario en las calles madrileñas. Nadie se imaginaba que sería el último ejemplo editado por «Prensa Española» durante la II República.

Los lectores de ABC se lanzaron con avidez sobre el periódico en busca de noticias. Al principio quedaron extrañados. Lo que tenían en sus temblorosas manos era el número dominical extraordinario, como habitualmente, con

VIVA ESPAÑA

EL GENERAL QUEIPO DE LLANO SE ENCARGA DE LA GUERRA DE LA DIVISION Y DECLARA EL ESTADO DE GUERRA. DIVERSAS MANIFESTACIONES POR «RADIO». RECTIFICADAS SOBRE INFORMACION DE MADRID. ORDENES A LA POBLACION CIVIL. OTRAS NOTAS

Quiero poner al alcance de todos los españoles, en esta hora crítica, el contenido de este suplemento extraordinario de ABC, que he escrito en el momento de la declaración de guerra.

El General Queipo de Llano, jefe de la División, ha declarado el estado de guerra y ha asumido el mando de la guerra.

El General Queipo de Llano, jefe de la División, ha declarado el estado de guerra y ha asumido el mando de la guerra.

El General Queipo de Llano, jefe de la División, ha declarado el estado de guerra y ha asumido el mando de la guerra.

El General Queipo de Llano, jefe de la División, ha declarado el estado de guerra y ha asumido el mando de la guerra.

En esta hora crítica, el contenido de este suplemento extraordinario de ABC, que he escrito en el momento de la declaración de guerra.

Suspensión de actuaciones

Se suspende toda actuación administrativa y judicial en las zonas de guerra.

Una advertencia a los vecinos de Triana

Se advierte a los vecinos de Triana que deben permanecer en sus casas y no salir a la calle.

Rectificación de un rumor infundado

Se rectifica un rumor infundado que circulaba sobre el estado de guerra.

En esta hora crítica, el contenido de este suplemento extraordinario de ABC, que he escrito en el momento de la declaración de guerra.

Contra una petraza

Se denuncia una petraza que se está cometiendo en las zonas de guerra.

Se denuncia una petraza que se está cometiendo en las zonas de guerra.

Se denuncia una petraza que se está cometiendo en las zonas de guerra.

Se denuncia una petraza que se está cometiendo en las zonas de guerra.

¡VIVA LA REPÚBLICA!

HEMEROTECA F. MERINO SANCHEZ

ABC DE SEVILLA Y ABC REPUBLICANO

HE aquí, reunidas en esta página, tres curiosidades de la colección de ABC. Arriba, a la izquierda, la portada del número de ABC de Sevilla correspondiente al 20 de julio de 1936. Dicho día fue lunes, pero no hubo descanso dominical por orden del general Queipo de Llano. Está fechado Madrid-Sevilla y se presenta como «Suplemento extraordinario», antetítulo que conservará tres días más. Se trata de un número de emergencia compuesto de sólo seis páginas, dos de texto y cuatro de publicidad, con grandes anuncios de *Campeón y Blanco y Negro*, semanarios de *Prensa Española*, anuncios que se repiten durante muchos días. Se trataba, sencillamente, de un recurso para cubrir huecos. La página de la derecha —no haría falta decirlo— es la portada del primer número del flamante ABC, diario republicano de izquierdas, aparecido el día 25 e impreso en los talleres de «Prensa Española» incautados por el Gobierno de la República. No llevaba páginas de huecograbado.

A la derecha de estas líneas, un fragmento del editorial de ABC republicano correspondiente al día 31 de julio de 1936. En él se comenta un supuesto mensaje de Franco a los jefes de las divisiones adictas al alzamiento.

MAS INDIGNIDADES FACCIOSAS

En la gloriosísima guerra de Independencia que hoy sostiene España contra las jarcas auxiliares de Roma descuellera una nota confortativa. En ningún paraje, en ninguna porción del territorio nacional han conseguido los viles el concurso del pueblo. ¿Hay en la Historia de nuestros pronunciamientos un solo caso parecido?

Ni las amenazas, ni las vías de hecho, nada, en suma, del vasto sistema de terror definido en las inhumanas «Instrucciones para destruir la moral del enemigo», ha logrado deshacer el desprecio inexorable con que el pueblo asfixia a sus verdugos. Para honra de España, los vendidos a March, los que contrataron con él—¡oh, caballerosos previsores!—, que les pague sus pensiones de retiro, no tiene a su lado más que señoritos jaraneros y orondos frailes. Ello singulariza más esta lucha, que afrontará para siempre el nombre de los que la han provocado, de los que aún la sostienen por temor al castigo.

Pero, por si faltaba un pormenor infamante a las hordas marchistas, ahí está, en ese mensaje de Franco captado por emisoras leales: «ANTE GRAVEDAD NOTICIAS V. E. SOBRE CUANTIA BAJAS OFICIALIDAD, QUE HACEN LA SITUACION DELICADA, AVERIGÜE V. E. QUE REOS GRAVES DELITOS SANGRE DE ESA REGION SU MANDO VENDRIAN CON NOSOTROS CATEGORIA SUB-

OFICIAL. GARANTICELES NOMBRE AMIGO PAGO POR ESTE DE PENSIONES RETIRO. ARME Y UNIFORME QUIENES ACEPTEN. INCORPORELOS DONDE CONVenga, CUIDANDO VIGILARLOS PERSONAS ABSOLUTA LEALTAD.»

¡De absoluta lealtad! El concepto, en labios de desleales, tiene regusto a epigrama. Y en cierto modo recuerda el dicho de Cervantes: «Aun entre ladrones es buena la justicia» ¡Cómo, cómo habrá sonreído al estampar la frase el hombre de confianza de Gil Robles! Porque, si no, hubiese agregado: «De absoluta lealtad que no sea como la nuestra...»

Con todo, esa transformación de criminales declarados en colegas de los caudillos rebeldes, define mejor que nada lo que son éstos. Y permite suponer que cuando se reúnan exclamen, jubilosos: «Estamos entre caballeros». Son tal para cuál.

No. Rectifiquemos. Entre los criminales a que ordena recurrir Franco, quizás los haya que procedieron movidos por momentánea perturbación espiritual. Entre los jefes traidores no acontece lo mismo. Adrede se deshonoran dirigiendo sus tiros, con preferencia, sobre los hospitales de sangre que ampara la Cruz Roja. Deliberadamente bombardean asilos de pobres niños enfermos. Con saña metódica y salvaje lanzan su trilita sobre poblados indefensos... Puede que los malhechores a quienes Franco vuelve suboficiales no se juzguen capaces de eso. Y es posible que, abochornados, llenos



Así quedó el cadáver de José Calvo Sotelo en el depósito del cementerio del Este. A su lado aparece el doctor Puga, de la Escuela de Medicina Legal. Cinco días antes del alzamiento el gran político fue asesinado por agentes de la autoridad.

ASESINATO DE CALVO SOTELO POR FUERZAS DE ORDEN PUBLICO

A las diez de la noche del 12 de julio, en el momento en que el teniente de Seguridad José Castillo pasaba por la calle de Augusto Figueroa, en su proximidad a la de Fuencarral, de Madrid, fue muerto a tiros.

La noticia del crimen se supo pronto en la Casa del Pueblo, se propagó con celeridad y produjo una atmósfera tempestuosa en los centros políticos extremistas. En el Cuartel de Pontejos y la Dirección de Seguridad, la excitación alcanzó al paroxismo.

Varios compañeros de Castillo, instructores como él de las Juventudes Marxistas, y algunos paisanos, guardaespaldas de personajes de la situación, que se mostraban muy exaltados, pedían a gritos inmediatas y ejemplares represalias para aterrorizar a las derechas. Avisado el subsecretario de Gobernación, Ossorio Florit, de que en el Cuartel de Pontejos se planeaban

El asesinato de don José Calvo Sotelo fue el detonador que provocó el estallido del alzamiento nacional que venía incubándose desde la toma del Poder por el Frente Popular, en febrero de 1936, efemérides que señala el punto culminante de un periodo desbordado hacia el caos. Reproducimos a continuación un extracto del artículo publicado en "Blanco y Negro" en 1966 por el historiador y periodista Joaquín Arrarás, trabajo que fue incorporado a su Historia de la Segunda República Española.

acciones criminales contra jefes de derechas, nada hizo por impedirlo. El relato de lo que sucedió a continuación se basa principalmente en los trabajos de la "Comisión sobre ilegitimidad de poderes actuantes en 18 de julio de 1936" y de la "Causa General". En ambas se recogen testimonios del juez instructor, testigos y de algunos participantes

en el secuestro y crimen de Calvo Sotelo.

También utilizo las declaraciones que he oído a doña Enriqueta de Grondona, viuda de Calvo Sotelo, y a familiares y amigos íntimos del líder monárquico, que inquirieron para averiguar con exactitud como ocurrieron los hechos que se describen.

Se hallaban las Secciones Primera y Segunda de retén en el Cuartel de Pontejos —refiere Castro Piñeiro— y, pasada la medianoche, llegaron unos paisanos "conocidos como extremistas de izquierda" y el guardia de Asalto José del Rey, condenado a treinta años por su participación en los sucesos de octubre de 1934, después amnistiado y repuesto por el Gobierno. Pertenecía a la Quinta Compañía y a la escolta de la diputado Margarita Nelken. Uno de los paisanos era Victoriano Cuenca, "bajo fuerte de espaldas, la cabeza pelada y el color cetrino", antiguo panadero, en otro tiempo guardaespaldas del presidente Machado en Cuba, ahora adscrito a la escolta de Prieto, con carnet de guardia de Asalto sin serlo.

Hacia la una de la madrugada se forma la Compañía de Servicio; a la que pertenece el guardia Castro Piñeiro. Poco después

de las dos de la madrugada se dispone su salida. Los guardias avanzan por el orden en que estaban formados, y a Castro Piñero le toca hacerlo con sus compañeros Bienvenido Pérez Rojo y Ricardo Cruz Cousillos. El teniente Barbeta les ordena subir a la camioneta número 17, en la que se hallan los guardias de Asalto, vestidos de paisano, Amalio Martínez Cano, Enrique Robles Rechica, Sergio García, Ismael Bueso Vela, el estudiante de Medicina Federico Coello García, socialista; Santiago García y Francisco Ordóñez, de las Milicias marxistas. Suben también Victoriano Cuenca, el guardia amnistiado José del Rey, a quien el teniente Lupion entrega un papel. Conduce la camioneta el guardia Orencio Bravo Cambrero. Ejerce el mando el capitán de la Guardia Civil Fernando Condés, vestido de paisano energético y violento en su proceder, jacobino, amante de la Néken. Cumplía condena de reclusión perpetua en el Penal de Cartagena por su participación con los sucesos de octubre de 1934, de la que fue uno de los activos promotores. Quedó en libertad favorecido por la amnistía.

"CALLA, PORQUE ESTOS SE VAN A REIR DE TI Y NO RESPONDO"

La camioneta se detiene frente a la casa número 89, domicilio de Calvo Sotelo. Desciende primero el capitán Condés, quien asume el mando y desarrolla el plan preconcebido: manda al guardia Castro Piñero y a dos paisanos que detengan y registren a los coches que pasen; ordena a otros dos, armados de pistolas ametralladoras, montar vigilancia en las bocacalles inmediatas. A la puerta de la casa se hallan dos guardias de Seguridad, a quienes Condés les muestra su carnet de capitán de la Guardia Civil, a la vez que les dice: "Vamos al piso de Calvo Sotelo a practicar un servicio."

Los guardias, intimidados por la voz y el gesto autoritario del jefe, no hacen ninguna objeción.

Suben al primer piso —domicilio del diputado— el capitán de la Guardia Civil, Victoriano Cuenca, José del Rey y dos o tres más. Pulsan el timbre y acude una sirvienta, que desde dentro pregunta quiénes son. Le contestan: "Abran a la autoridad. Traemos orden de practicar un registro." La sirvienta se aleja y da cuenta de lo que ocurre a Calvo Sotelo. Este, que ya descansaba en el lecho, se incorpora y, cubriéndose con un batin sobre su pijama, se dirige a la puerta. A su pregunta: "¿Quiénes son?", repiten que agentes de la autoridad en servicio; oído lo cual, el dueño les franquea la entrada. Condés, a la vez que muestra el carnet militar, dice a Calvo Sotelo que tiene orden de hacer un registro y, sin más explicaciones, se adentra en la casa, seguido de los esbirros. Uno de éstos penetra en el despacho, agarra el teléfono y, de un tirón, arranca el cordón de

Calvo Sotelo recuerda a Condés que disfruta de inmunidad parlamentaria



«Murió asesinado en la madrugada del 13 de julio de 1936», dice la esquela, que fue primera página de ABC. A la izquierda, una de las últimas fotografías de José Calvo Sotelo. Bajo estas líneas, el entierro; el féretro del diputado, que fue trasladado a hombros de compañeros y amigos.



raíz. En este momento, Condés anuncia a Calvo Sotelo que debe disponerse a acompañarles a la Dirección General de Seguridad para ser sometido a un interrogatorio.

Entonces, Calvo Sotelo, con gran aplomo, dueño de sus actos, le recuerda a Condés que, como diputado que es, goza de inmunidad parlamentaria, por lo cual desea hablar con la Dirección General de Seguridad. Como el teléfono ha sido roto, Calvo Sotelo debe renunciar a su propósito. A la institutriz de sus hijos, René Pelus, que intenta salir para hablar desde el teléfono de algún vecino de la casa, se le prohíbe abandonar el domicilio. Sin duda, el diputado comprende que es víctima de una maquinación criminal; no ve escape ni salvación. Se siente

Calvo Sotelo le replica: "Calla, porque éstos se van a reír de ti, y entonces no respondo de lo que puedo hacer."

"POR AQUI NO SE VA A LA DIRECCION DE SEGURIDAD"

Calvo Sotelo entra en los dormitorios de sus hijos, da un beso a cada uno de ellos: Conchita, Enriqueta, Pepe y Luis Emilio, que duermen, con excepción de la mayor, Conchita, la cual le pregunta dónde va. "No te asustes —responde—, me llevan detenido, pero volveré en seguida." La esposa le acompaña hasta la puerta. A punto de salir le dice: "Siento todo esto por ti, que siempre eres la víctima."

"¿Cuándo sabré de ti?", le pregunta ella. "En cuanto llegue a la Dirección General de Seguridad intentaré comunicarte contigo, si es que estos señores —exclama con triste ironía— no me llevan a pegarme cuatro tiros." Sin perder el dominio de sí mismo, dice los últimos adioses y baja rápido la escalera. En el portal, ya iluminado, se encuentra al portero, a quien encarga que avise a sus hermanos, pero que nada diga a sus padres, ancianos y enfermos.

Una vez en la calle, Condés le ordena subir a la camioneta, que llevaba en sus costados esta inscripción: "Dirección General de Seguridad, Compañías de Asalto." Y el número 17, con signos muy destacados. "Y usted, capitán, ¿no sube?", pregunta Calvo Sotelo. "Sí, ahora mismo", responde Condés. El diputado exclama: "¡Vamos a ver para qué nos quieren!"

A Calvo Sotelo, vestido con un traje gris, el jefe de la expedición le manda situarse en la tercera fila de asientos de la camioneta, contando como primera la del conductor. Ocupa un sitio entre el guardia Castro Piñero, a su izquierda, y otro guardia de Seguridad, del Escuadrón de Caballería, a su derecha. Condés se sienta a un lado del conductor, y junto a él, José del Rey. El pistolero Victoriano Cuenca, en la cuarta fila, exactamente detrás de Calvo Sotelo. El orden de colocación ha sido fijado por el capitán con buen cuidado de que nadie se sitúe en los asientos inmediatamente anteriores que ocupa el secuestrado.

El vehículo parte a gran velocidad y, al llegar al cruce de la calle de Velázquez con la de Ayala, cambia de dirección para seguir por esta última. El detenido, sorprendido por el nuevo rumbo, grita: "¿A dónde vamos? Por aquí no se va a la Dirección de Seguridad." En este momento, Cuenca se incorpora, empuña su pistola y dispara contra la nuca de Calvo Sotelo. En el acto —refiere Castro Piñero—, el guardia de Seguridad que iba a la derecha del diputado pasa a ocupar un asiento en la fila siguiente, para no mancharse de sangre, y el asesino, inclinándose sobre la víctima, que se ha desplomado exánime de bruce, hace un segundo disparo apuntando a la cabeza. El coche, es-

cenario del nefando crimen, si que su carrera. Cuenca exclama con voz que oyen todos: "Ya cayó uno de los de Castillo." Condés y José del Rey cambian una mirada de inteligencia.

Después de breve trayecto, la camioneta desemboca en la calle de Alcalá, donde se cruza con otra de Compañías de Asalto allí estacionada. La ocupan los guardias del teniente Barbeta, el mayor, que por estar en el secreto de la criminal maquinación la esperaban para convencerse de que los planes se habían cumplido. Sigue el vehículo calle de Alcalá arriba hacia el cementerio del Este. Una vez allí, descienden Condés y José del Rey, buscan a los guardias y regresan a poco en compañía de dos vigilantes, a quienes dicen que traen el cuerpo de un sereno que han encontrado muerto en la vía pública.

Ordena el capitán que se aproxime la camioneta al pórtico lo más posible y, una vez hecha la maniobra, grita: "¡Hala! ¡Bajar a ese hombre!" Colaboran todos para sacar, no sin gran trabajo —pues Calvo Sotelo era un hombre fornido y corpulento—, el cadáver de entre los asientos y lo transportan al depósito, dejándolo sobre una mesa de mármol. "¿La hoja de filiación?", reclama uno de los guardias. "Mañana la traeremos", le responden. Y acto seguido inician el regreso. El conductor es el primero en hablar: "Supongo que no nos delatarán." Condés le tranquiliza: "No te preocupes, que nada pasará." El guardia José del Rey garantiza el secreto: "El que diga algo cuenta que se suicida. Le mataremos como a un perro." Y vuelve a reinar el silencio. Nada más se habla hasta llegar a Ponteijos.

LOS ASESINOS INTENTAN BORRAR SUS HUELLAS

"Una vez en el Cuartel de Ponteijos —rellero Castro Piñero—, el capitán Condés pasa al despacho del oficial de guardia, donde se encuentra al comandante Burillo, que al momento sale y abraza al pistolero Cuenca, que lleva en la mano el maletín de Calvo Sotelo.

Al clarear el día se presenta el teniente coronel Sánchez Plaza, jefe superior del Cuerpo, que pasa a entrevistarse con Burillo. Entretanto, un guardia, de probado fanatismo marxista, Tomás Pérez, se dedica a limpiar las manchas de sangre de la camioneta número 17, estacionada en la plazuela de Ponteijos, a la puerta del Cuartel.

Apenas perpetrado el secuestro, la esposa de Calvo Sotelo se derrumbó como desvanecida en un sillón, en tanto un muchacho recadero, Francisco Sánchez, que vive en la casa, por otro teléfono, instalado en el departamento de servicio, avisa a los hermanos del detenido, Luis y Joaquín, y a Andrés Amado y Arturo Salgado Biempica, amigos íntimos del líder monárquico, comunicándoles lo sucedido. Los primeros en llegar son Salgado Biempica y su esposa, que viven en una calle muy próxima a la casa del diputado. Inmediata-

Un guardia se dedicó a limpiar las manchas de sangre de la camioneta

mente resuelven llamar a la Dirección General de Seguridad y que sea la propia esposa de Calvo Sotelo la que pregunte los motivos de la detención y por el paradero de su marido. El director general, Alonso Mallol, le responde que no se ha dado orden de registrar la casa de ningún diputado y menos de detención. Y acto seguido exclama: "Parece mentira que un hombre con el talento del señor Calvo Sotelo se haya entregado tan fácilmente."

LAS AUTORIDADES TARDAN EN ADMITIR LA EVIDENCIA

Poco tardan en presentarse en el domicilio de Calvo Sotelo los hermanos y amigos avisados. En cuanto conocen los detalles del dramático secuestro salen disparados hacia la Dirección General de Seguridad, donde, tras laborioso e insistente forcejeo, logran ser recibidos por Alonso Mallol. El director general afirma no saber nada del suceso. Ha ordenado que se averigüe el paradero del diputado y los nombres de quienes practicaron la detención. Desde allí se trasladan los indagadores al Ministerio de la Gobernación. El subsecretario de Gobernación, Ossorio Tafall, sigue ignorar lo ocurrido y nada puede decirles, pero promete enterar al ministro y dar órdenes para que se aclare aquel misterio.

Los amigos y familiares de Calvo Sotelo se niegan a abandonar el despacho hasta que no se les diga dónde está el diputado. Y es tan grande su resolución y energía que el subsecretario sale para hacer —según advierte— una indagación. Regresa a los pocos momentos y, con rostro alterado, comunica que al Cuartelillo de Ponteijos acaba de llegar, según le ha informado el teniente coronel Sánchez Plaza, una camioneta con manchas de sangre bajo sus asientos.

Otros amigos de Calvo Sotelo,

desvelados, se presentan en centros oficiales y de Policía, ávidos de noticias. Al diputado conde de Vellellano, el director de Seguridad le manifiesta que no sabe nada. Avanzada la mañana, el presidente de las Cortes, Marín Barrio, ignorante de todo, pide al diputado monárquico —que para los efectos de indagatoria se cuenta con él, pues está más interesado que nadie en el castigo de aquel desafuero parlamentario—, si bien "rechaza la hipótesis de que se trate de un crimen y menos de que en su ejecución hayan intervenido fuerzas de Orden Público". El jefe del Gobierno, Casares Quiroga, no acude a su despacho hasta muy avanzada la mañana, por haber asistido a una comida, seguida de baile, en la Embajada del Brasil, en honor al presidente de la República, Azaña. Al mediodía, el ministro de la Gobernación, Moles, se entera del hallazgo del cadáver de Calvo Sotelo en el depósito por comunicación del jefe de los servicios municipales del cementerio.

IDENTIFICACION DEL CADAVER EN EL CEMENTERIO DEL ESTE

La primera comunicación que servirá para iniciar el sumario se recibe en el Juzgado de Guardia número 3, a las nueve y media de la mañana del día 13. La envía la Dirección General de Seguridad y dice que el diputado Calvo Sotelo ha sido sacado con violencia de su domicilio. Media hora después, otra comunicación contiene las declaraciones de los guardias de Seguridad de servicio en la calle de Velázquez. Relatan las escenas ocurridas a la llegada de la camioneta en la forma que se ha dicho. "Hago detallada mención del testimonio de los guardias de Seguridad —expone el juez Ursicino Pérez Carbajo— porque da la clave para que cualquier organismo policial de mediana solvencia profesional y ética siguiera una trayectoria que indeclinablemen-

te había de conducir al esclarecimiento del delito y la presentación ante el Juzgado de sus autores confesos, juntamente con los elementos de convicción, en un plazo muy limitado de horas. Pero la Dirección General de Seguridad se mantuvo en quietismo punible. Envío al Juzgado las dos comunicaciones dichas y, a las once de la mañana, una tercera, brevísima, de que, según aviso del depósito de cadáveres del cementerio del Este, había allí, sin identificar, uno que pudiera ser el del señor Calvo Sotelo".

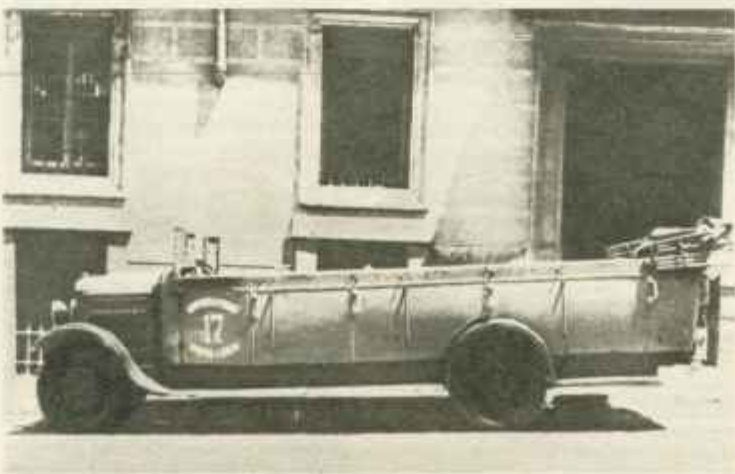
El juez se apresura a trasladarse al cementerio: examina el cadáver y, por el relato de los guardias, conoce la forma y circunstancias en que fue llevado. Aprecia dos heridas de arma de fuego inmediatas a la región occipital. Considera ineludible ocupar la camioneta 17 y, a este fin, se dirige al cuartelillo de Ponteijos, a cuya puerta la encuentra. La reconoce con minuciosidad: lavada con asero, no se ha conseguido, sin embargo, borrar las manchas delatoras de sangre, todavía roja, en las hendiduras de las tablas del piso. Al comandante de las fuerzas de Asalto, Burillo, presente en la diligencia, le ruega al traslado en el acto de la camioneta a la puerta del Juzgado. Accede a ello el comandante, pero, en cambio, se niega a decir el nombre del oficial u oficiales de guardia en el cuartel durante la pasada noche. El juez se incauta del libro de "Servicios del Grupo de Especialidades"; no contiene ninguna anotación referente a las actuaciones en la noche del 12 al 13.

Como resultado de reconocimiento en rueda, el chófer Orenico Bravo y dos guardias son reconocidos por varios testigos e ingresan en el calabozo del Juzgado de Guardia.

"REINTEGRE USTED LA FUERZA Y ME LA DEVUELVE DESARMADA"

Acaba de adoptar el juez estas disposiciones cuando se presenta en su despacho al comandante Burillo y, con palabras de protesta e indignación, exclama: "Señor juez, la fuerza está inquieta, cansada de tanto esperar y en peligro de adoptar resoluciones lamentables. Hasta este momento les he contenido, pero no sé si podré seguir haciéndolo, y están armados." A lo que el juez contesta: "Si usted no se cree lo suficiente seguro de sí mismo para hacerse obedecer, suspendo la diligencia en el acto." Continúa el diálogo y el juez añade: "Reintegre usted la fuerza al cuartel y me la devuelve desarmada. Luego, del orden no faltará quien responda." El comandante sale y, al cabo de un rato, regresa para decir al juez que el peligro está conjurado.

A las once de la noche del 13 se presenta en el Juzgado el magistrado del Tribunal Supremo Iglesias Portal, designado juez especial de la Causa por acuerdo del Consejo de Ministros, adoptado unas horas antes, y se hace cargo de las diligencias. ●



En esta camioneta se perpetró el crimen. Los asesinos hicieron subir a Calvo Sotelo, colocándolo en la tercera fila de asientos. Tras él se situó Cuenca, autor material del hecho.



El 19 de julio, el general Franco se trasladó desde Canarias a Tetuán y de allí a Ceuta, momento que recoge esta imagen.

MADRID, 18 DE JULIO DE 1936

ANDAMOS entre el 14 y el 17 de julio de 1936. Una noticia de Marruecos comunicaba la terminación de las maniobras militares del Rif, en el Llano Amarillo. El destino trabajaba ya. Se citaban nombres de autoridades presentes en el acto de clausura. El general Gómez Morato, jefe del Ejército español en el Protectorado, y el alto comisario, señor Alvarez-Buylla. Los dos tenían sus horas contadas, pero eso no podía saberlo el informador que transmitió la noticia. El desfile final había escenificado una parada de 18.000 hombres, 10.000 cabezas de ganado, 16 baterías de artillería, una escuadra aérea, 16 banderas del Tercio y todos los grupos de Regulares.

(Los informadores no habían asistido al epílogo de las maniobras, representado secretamente entre telones. Protagonista, el teniente coronel Yagüe. Oyentes, los oficiales adictos a la conspiración. Yagüe dijo a la oficialidad: «Todo queda pendiente ahora de que Franco designe fecha para su viaje de Canarias a Marruecos y del aviso que envíe desde la Península el general Mola. En su día y a su hora, yo, desde Ceuta, por conducto del teniente coronel Gautier, transmitiré al comandante Urzáiz, en Melilla, la orden

Dada la imposibilidad física de resumir, en el espacio que permite este coleccionable, todos y cada uno de los episodios que, a lo alto y ancho de España, constituyeron el Alzamiento Nacional, hemos optado por enfocarlo desde la atalaya de Madrid, siguiendo los pasos de un trabajo publicado por "Blanco y Negro" el 16 de julio de 1966, una de las más completas encuestas periodísticas realizadas sobre la efeméride, paciente labor de investigación de un numeroso equipo de periodistas dirigido por Juan Vega Pico.

de sublevación, que ha de ser simultánea en las dos zonas. Y ahora, señores, que Dios nos ayude.» Se produjeron unos segundos de silencio indefinible.)

De más cerca, de La Coruña, un telegrama de otras maniobras militares combinadas mar-aire, con intervención de los hidros de Marín. Cinco aviones marinos que iban a pasar a la historia del alzamiento como piezas decisivas del triunfo militar en Galicia.

Las páginas de los periódicos aparecían asaetadas por incabables secciones referentes a conflictos sociales en toda España. Terminaban aquí, empezaban allí, surgían huelgas nuevas para suplantar automáticamente a las viejas. Había huelga hasta

en el manicomio de Alcalá de Henares.

La atmósfera estaba cargada. El ambiente de Madrid era pesado y siniestro. Horas antes, con rotundas diferencias de signo e intención, habían desfilado dos entierros por las calles madrileñas: el de un joven teniente de guardias de Asalto y el de un poderoso prohombre político. Ninguno de los dos había muerto en la cama. Y en alguna abstracta y simbólica encrucijada superrealista se habían cruzado ambos entierros para electrizar a los españoles.

En las páginas de ABC empieza a desplegarse una riada tipográfica de cartas y telegramas de protesta por la muerte de Calvo Sotelo. Primero, de tipo general y anónimo. Después, listas nominales, con dirección y

procedencia. Cientos de nombres de todo el ruedo ibérico que protestaban contra el magnicidio. La relación aumentaba caudalosamente de número en número. Lista patética. ¿Cuántas vidas de aquellos firmantes fueron cambiadas trágicamente por un simple telegrama?

Atentados, más huelgas, más atentados. Nota de la Dirección General de Seguridad. Alonso Mallof, el hombre fuerte de la Policía del Frente Popular, anunciaba 185 detenciones y «algunas más» correspondientes a jefes y subjefes de F. E. de toda España «que habían recibido instrucciones concretas para provocar un movimiento subversivo uno de estos días». Uno de estos días... El «18 de Julio» comenzaba a no tener límites. ¿Cuándo había empezado? Quizá un año o dos o tres antes; quizás horas después del mismo 14 de abril de 1931. O en los años veinte. O en el siglo XIX.

(El jefe nacional de la organización aludida por el director general de Seguridad había sido el primer detenido. Pero mucho antes. En la madrugada del 14 de marzo, José Antonio Primo de Rivera entró en los calabozos de Gobernación para responder de una acusación de quebrantamiento de precintos del centro de Falange clausurado en

la calle de Nicasio Gallego. La respuesta de José Antonio a Alonso Mallol fue la siguiente: «Los sellos que la llamada autoridad de la República ordenó poner en el Centro de F. E. de las J. O. N. S., arbitrariamente clausurado, los quebrantó el señor director general de Seguridad con sus mismísimos cuernos.» «Desacato a la autoridad y menosprecio de la República», fue la nueva acusación. El jefe de la Falange iba a responder de su séptimo proceso por motivos políticos. El 17 de marzo llega a la cárcel Modelo. El 5 de junio, a horas avanzadas de la noche, se le comunica que será trasladado inmediatamente a otra prisión. Al amanecer del 6 de junio llega, con su hermano Miguel, a la provincial de Alicante. Allí le sorprende el 18 de julio.)

Entre las cortinas del drama nonato, los conspiradores confiaban en un triunfo rápido y lo menos cruento posible. Azaña y Casares Quiroga no tomaban muy en serio los rumores, los signos. Pensaban en un 10 de agosto de cuatro años antes. «En veinticuatro horas quedó aplastada una nueva rebelión militar contra la República.» Ya tenían en la mente el texto de la primera declaración oficial. Luego añadirían, quizá, que el castigo sería tan ejemplar que jamás nadie, con uniforme, volvería a pensar en alzarse contra la República.

Blancos en los periódicos, muchos blancos. Tachaduras del denostado y pintoresco lápiz rojo de la censura de los años veinte, resucitada por la República. Estado de alarma. Parlamento clausurado. Las letras incendiadas y patéticas del apellido Calvo Sotelo habían hecho tambalearse al hemiciclo de los diputados. Cerrojazo a las Cortes. Sólo funciona la Diputación Permanente. El conde Valleilano se había retirado ya al frente de la minoría del Bloque Nacional. La Diputación Permanente se reúne sin el conde. Discursos entrecruzados y estrechitos de Gil Robles, Ventosa, Cid, Barcia (ministro de Estado), Prieto y

Fanjul: «No puedo hacer nada. Hay que esperar. Las órdenes son terminantes.»

Mojas (ministro de la Gobernación). Intentos de apaciguamiento de Martínez Barrio. Tensión insufrible. Huele a pólvora por todos sitios. El volcán bajo los pies de los españoles empezaba a desmenuzarse. Cayó lenta y sollozante, la noche del 17 de julio.

A juzgar por los periódicos matutinos del 18, el volcán seguía dormido.

Noticia sin importancia de Tenerife: el general Francisco Franco, comandante militar de Canarias, sale para Las Palmas con objeto de asistir al entierro del general Balmes. El día anterior, unos de una manera indiferente, otros de una manera natural, otros de una manera chocante, habían leído un suceso extraño y trágico. El general Balmes, gobernante militar de Las Palmas, había muerto en circunstancias insólitas: un militar de la más alta graduación, al que se le dispara la pistola cuando realizaba ejercicios de tiro. Un general al que se le encasquilla el arma y, para desbarbarla, la apoya contra el estómago y forcejea. La pistola se dispara y el general Balmes llega moribundo al hospital. Al día siguiente es el entierro. Nada más lógico y natural que su superior en Tenerife, general Franco, alce el vuelo de su «dorada prisión» para asistir a las honras fúnebres en Las Palmas. Nada más natural y obligado. El destino sabe escribir muy torcido con renglones derechos.

(El reloj del drama estaba en marcha. Dos y cuarto de la madrugada. Franco, en su habitación del hotel de Las Palmas, donde se había hospedado tras asistir al entierro del general Balmes, recibe la noticia del levantamiento en Marruecos. Antes de amanecer sale del hotel. Va de paisano. Lleva un maletín con su uniforme. Sube a un coche que le espera. Se dirige a la Comandancia Militar. Se persona en ella y se pone el uniforme. Prepara el texto del

bando que declararía el estado de guerra. Dispone la salida de tropas para divulgarlo. Envía telegramas a Melilla y radiogramas a Madrid, Sevilla, Barcelona, Valencia, Zaragoza, Burgos, Valladolid, La Coruña, y a los almirantes de El Ferrol, Cádiz y Cartagena.

Ocho de la mañana: Queipo de Llano llega al hotel Simón de Sevilla, tras una noche de viaje automovilístico.

Diez y cuarenta de la mañana: Batet y Mola, a requerimiento del primero, se reúnen en el kilómetro 3 de la carretera de Estella a Logroño. Batet, republicano, viene desde Burgos, donde manda la Capitania General. Mola llega desde Pamplona, donde dirige la conspiración en la Península. Lugar de cita, monasterio de trache, a cargo de los Escolapios. Conferencia mano a mano, sin testigos, en la celda del padre rector. Batet trata de disuadir a Mola. Le aconseja que abandone Navarra. «Su vida peligra.» «¿Dónde quiere usted que vaya, a Cartagena?» «Prométame que no intentará alzarse contra el Gobierno.» «Le doy a usted mi palabra de honor de que no me lanzo a una aventura.» Se despiden. Cada cual se va por su lado con sus correspondientes escoltas. Mola diría más tarde: «No menté a Batet. No me lancé a una aventura». Lo que íbamos a hacer no tenía nada de aventura.

11 mañana: los conspiradores de Madrid reciben un inofensivo y corriente despacho telegráfico. Decía así: «El cacao ya está comprado.» Era, nada menos, la clave de que la sublevación se ponía en marcha en Marruecos.)

Y el reloj, en marcha. A las dos de la tarde Casares Quiroga, presidente del Consejo y ministro de la Guerra, recibe una

nota. La lee sin mostrar la menor emoción. La guarda tranquilamente y le da menor importancia que a una broma que gasta a alguien de los presentes. «Ya ven ustedes cómo en La Coruña llueva menos que en el resto de Galicia. Lean el parte meteorológico». La nota que el presidente se había guardado en el bolsillo era dinamita pura y escalofriante. Sin embargo, se fue a presidir el Consejo y se olvidó de ella. Sólo al final, acordándose de pronto, y tras un «¡ah, tengo que decirles algo más!», leyó la nota a sus ministros.

Era, sencillamente, el comienzo de la sublevación.

Hasta los más optimistas palidecieron. Casares, no. Los testimonios personales dicen que tardó bastante en reaccionar, comprender, hacerse cargo y volver a la tierra.

La hora, el momento y la circunstancia quedaron fijadas por Ignacio Hidalgo de Cisneros en un libro de memorias escrito en el exilio: el «estaba allí». Tenía acceso directo al despacho de Casares. Era el aviador más mimado por la República, el de mayor confianza después del jefe supremo, general Núñez de Prado.

Los periódicos de la noche lanzaron a la voracidad asombrada y temerosa de los lectores las letras más macizas y rotundas de sus cajas. El vespertino de gran circulación, «La Voz», titulaba a toda plana, el día 18: «Horas graves para España». Y debajo, un sumario en grandes caracteres tipográficos: «Una parte del Ejército de Marruecos se ha levantado en armas contra la República. Nadie, absolutamente nadie, se ha sumado en la Península a este absurdo empeño». «Heroicos núcleos de elementos leales resisten a los sediciosos en las plazas del Protectorado. El Gobierno de la República domina la situación.»

Y más sumarios, ya en minúsculas: «Han sido detenidos varios generales, jefes y oficiales comprometidos en el movimiento.—La Policía se ha apoderado de un avión extranjero que tenía, al parecer, por misión, introducir en España a uno



Mola era el jefe de la sublevación en la Península. Desde su Pamplona tradicionalista pasará a dirigir las operaciones en el Norte.



El entonces teniente coronel Yagüe galvaniza a los participantes en las maniobras del Llano Amarillo, en espera de la llegada de Franco.



El 18 de julio sorprendió a José Antonio Primo de Rivera en prisión. Antes de terminar el año su vida sería inmolada en Alicante.



Sin la audaz intervención del general Queipo de Llano, Sevilla no se habría ganado para la Causa Nacional. Sus métodos cantaron.

de los cabecillas.—Serán declarados facciosos quienes propalen que se ha declarado el estado de guerra.—El Gobierno advierte que Radio Ceuta, fingiendo ser Radio Sevilla, se dedica a propalar falsedades e infundios.

Todo eran notas del Gobierno. Ninguna noticia directa o de agencia.

(Un avión extranjero. Un avión británico había llegado a Las Palmas en efecto. Tenía nombre «Dragón Rápido». Había sido negociado por el marqués de Luca de Tena por mediación del corresponsal de ABC en Londres, Luis Antonio Boín, con la ayuda técnica del inventor del autogiro, Juan de la Cierva. Pero no podía ser este avión el que había capturado la Policía.)

A las doce del mediodía del 18 de julio, Franco abandona la Comandancia de Las Palmas para dirigirse al aeródromo de Gando. La carretera está cortada por los milicianos, apresuradamente armados tras la declaración del estado de guerra. Tiene que hacer el viaje por mar. Franco no puede despedirse de su familia, que aguarda en las habitaciones del último piso de la Capitanía. «Díganles que he salido a dar una vuelta y que volveré pronto.» Una motora le lleva a Gando. En el aeródromo espera el «Dragón Rápido». Por Sáez de Buruaga, el teniente coronel Rubio sabe que puede tomar tierra en Tetuán o Larache sin cuidado. Aiza el vuelo el pequeño avión.

Otro avión había sido capturado, pero por la fatalidad del de Sanjurjo, en Estoril.

La noticia de la muerte de Sanjurjo cayó como una bomba, de distinto signo explosivo, en uno y otro lado. A Sanjurjo se le tenía por el jefe natural de la sublevación.

Los lectores de «La Voz» pasaron la página. Nada fuera de lo habitual. Las secciones acostumbradas, la información local y nacional con telegramas

20 de julio: se rinde el Cuartel de la Montaña y el general Fanjul es detenido

y despachos sin nada resonante.

Y en última página, otra vez la traca de titulares nerviosos: «Última hora. Noticias de las cinco y media de la tarde: Todas las fuerzas de la Península mantienen su absoluta adhesión al Gobierno.—La escuadra avanza hacia los puertos africanos y pronto logrará restablecer la tranquilidad.» «Últimísima hora. Noticias de las siete de la tarde: El general Queipo de Liano ha declarado facciosamente el estado de guerra en Sevilla. Un regimiento de Caballería ha entrado en la ciudad al grito de «Viva la República!»

Así se enteró Madrid de que la mecha había pasado el estrecho y ya ardía en la Península. Algunos se fueron al cine a ver «Una chica de provincias», estreno, con la edulcorada Janet Gaynor y el apuesto y apolifno Robert Taylor. Otros se fueron a lugares menos apacibles e inocuos: a buscar armas, enlaces, consignas; al encuentro con su destino, que para unos se llamaría muerte, para otros, cárcel; para otros, escondite; para otros, terror; para otros, heroísmo.

Domingo 19. La gente se lanzó sobre los puestos de periódicos. Los lectores de «La Libertad», al abrir el diario, quedaron confusos. Nada en su primera página respecto a la tragedia en marcha: nada concreto. Sólo vivas a la República y titulares inconexos. Ninguna información. Vayamos al interior, pasemos páginas: nada tampoco. Muy grave y confusa andaría la situación cuando se procuraba enmascararla.

También los lectores de ABC se mostraron extrañados. Lo que tenían en sus temblorosas manos era el número dominical extraordinario, como habitualmente, y un gran despliegue de páginas, igual que en domingos anteriores, con temas de literatura, poesía, arte, reportajes intemporales, modas.

Pero al llegar a las páginas de tipografía, la información re-

cobrabá su cadencia de actualidad. Había censura y el periódico publicaba las notas oficiales del Gobierno. «Se ha frustrado un nuevo intento contra la República. Está circunscrito a determinadas ciudades de la zona del Protectorado. El resto de las fuerzas permanecen fieles. Tranquilidad en la Península.»

Anuncio, a las cuatro de la tarde del día anterior, reunión del Consejo en el palacio de Buenavista. Terminó a las seis y media. Los ministros no hicieron ninguna manifestación. Al cerrar la edición (cuatro de la madrugada), noticia de la formación de un nuevo Gobierno presidido por Martínez Barrio. Era el Gobierno del pacto frustrado. El volcán había dado su bufido y no era posible apagarlo ya. Se daban a la publicidad unos decretos un tanto sospechosos: anulación del estado de guerra en las provincias donde se hubiese pronunciado y casos de Franco, Queipo y Cabanellas. De modo que había provincias —en plural— en estado de guerra y varios generales renombrados comprometidos a fondo. (De Mola, sorprendentemente, ni una palabra todavía.)

(Paralelamente avanza con paso rápido y rotundo el río de los acontecimientos al dorso de la cara madrileña y gubernamental de la guerra. El público no sabía nada. No podía saber lo que se agitaba subrepticamente entre las sombras de la noche que separaban el 18 de julio del 19.)

A las dos de la madrugada Miaja llama por teléfono a Mola. Le da cuenta de haber sido nombrado ministro de la Guerra. Mola le da la anhorabuena. «¿Piensa usted fusilarme?», pregunta el hombre de Pamplona. «¿Yo? Ya sabe que le cuento entre mis amigos», responde el hombre de Madrid. Miaja había sido capitán de Mola en Marruecos y respetaba a su antiguo jefe. Siempre habían mantenido

relaciones cordiales. Minutos después, nueva conversación telefónica Miaja-Mola. El primero pregunta por qué el segundo ha declarado el estado de guerra sin orden de Batet. «Batet no significa nada —contesta Mola—. Soy yo el que asumo el mando.» «Entonces, ¿está usted sublevado?» «Sí, señor.» «Ya podía habérmelo dicho.» «Ya se lo podía usted haber figurado.»

Antes de amanecer, nuevamente llamada de Madrid. Es ahora Martínez Barrio el que habla. Le ofrece a Mola la cartera de Guerra. «Así todos estaremos de acuerdo. Se acabará el estado de anarquía. El Ejército recobrará su consideración antigua.» Pero Mola no podía dar marcha atrás. Tampoco se liaba de las promesas de un político hechas en un momento de urgencia, apuro y estado anormal de la vida del país. No hay pacto, por lo tanto.

Antes, a medianoche, un redactor de «El Debate» consiguió localizar a Prieto y le hizo una entrevista. Una respuesta del líder socialista. «La facilidad de sofocar eso que Casares llama con alegría incomprensible «intentona», se podrá conocer cuando se sepa una noticia que yo espero con ansiedad acerca de la actitud que adopte un determinado jefe. Si acudilla el movimiento, la cosa será muy grave.» Eludió responder de qué general hablaba. El nombre que se calló era éste: Franco.

Franco, a bordo del «Dragón Rápido», tras una breve parada en Agadir, había llegado a Casablanca a las nueve de la mañana. Conferencias telefónicas con la zona del Protectorado. Se decide emprender el vuelo de madrugada. Franco duerme dos horas. El «Dragón» despegó a la hora convenida. Bajo las aias, al fin, las tierras del Protectorado. Franco se viste el uniforme. Siete de la mañana del 19 de julio. Tetuán. El aeródromo. Franco mira por la ventanilla. «Ahí está el rubito.» Se puede aferrizar



Casares Quiroga, presidente del Consejo y ministro de la Guerra, no tuvo conciencia del alcance de la sublevación al recibir la noticia.



Diego Martínez Barrio, efímero y fugaz jefe de Gobierno, trató vanamente de parar el alzamiento en las horas claves del 18 de julio.



A lo largo de toda la guerra, el general Miaja habría de ser uno de los más respetados jefes republicanos, pero fracasó su mediación.



Cuando fracasa el desesperado intento conciliador de Martínez Barrio, Giral preside un nuevo Gobierno que aún no piensa en la guerra.

conforme a lo previsto. Ocho de la mañana: Franco entra en la Alta Comisaría. Ya está al frente del Movimiento.

La tragedia pendía de la clara y alta noche dominical. El ciudadano corriente, el «hombre que no se mete en nada», el que cree que un domingo es más o menos igual a otro y que los lunes se repiten con el comienzo de una nueva semana en la que seguirá el mismo trabajo, el mismo sueldo, los mismos pesares, las mismas esperanzas, los mismos sueños, las mismas frustraciones; este hombre cruzó la puerta de su casa y se metió en la cama. Fuera, en la clara y alta noche, escondidas y espantables, bullían las incógnitas signadas por el sello de la muerte.

El Gobierno de Martínez Barrio se había extinguido de muerte prematura. Ni una sola reunión ministerial tuvo constancia histórica. Ningún ministro acudió a Consejo. Es decir: uno. El único que se sentó en un sillón frente a la gran mesa desolada; fue Miaja, fugaz ministro de la Guerra. Llegó temprano, esperó, siguió esperando. Cuando se cansó tomó el portante. No pudo oír, ni siquiera de un ordenanza, la bonita y halagadora frase de «señor ministro».

El lunes 20 empezó para Madrid el verdadero «18 de Julio». El polvorín que se agazapaba bajo el estallo ardiente de la ciudad cabeza de España iba a estallar con estampido monstruoso.

El general Fanjul estaba señalado por la fatalidad para ser protagonista trágico de la sublevación en Madrid.

El escritor Maximiano García Venero reconstruye la crónica de los días más largos del alzamiento. En su recorrido histórico ha rastreado todo el horario del general Fanjul, que empezó en las fiestas de San Fermín, en Pamplona, y terminó ante un pique de ejecución.

Las fiestas de San Fermín fueron el pretexto ideal para que muchos de los conjurados se trasladasen a Pamplona sin llamar la atención. Mientras los toros y los mozos navarros cumplían el folklórico y festivo recorrido por la calle de la Estafeta, Mola celebraba continuas reuniones. En Pamplona estuvieron los Fanjul: el general y su hijo Juan Manuel, abogado y alférez de complemento. Al regreso se detuvieron en Burgos. Allí, el coronel Aizpuro le recomendó que se quedase. «Usted conoce perfectamente Burgos y puede ser de gran utilidad aquí. En Madrid no podrá hacer nada. Madrid se perderá sin ninguna duda.» El general rehusó:

—Si cada uno busca el sitio más seguro, estamos perdidos—contestó.

Don Joaquín Fanjul y su hijo volvieron a su casa de Madrid. El 17 de julio el general no tenía aún ninguna orden. El general decidió cambiar de domicilio y se fue al de su cuñada doña Luciana Sedeño, en el 8 de la calle Mayor. Juan Manuel quedó en la casa para que sirviese de informador. Cayó la no-

En los periódicos vespertinos del día 21 se publicaba la toma de cuarteles



El alzamiento fracasó tanto en Madrid como en Barcelona. Dos ilustres generales, Fanjul —a la izquierda— y Godea —a la derecha— pagaron con su vida el intento. Bajo estas líneas, el patio del Cuartel de la Montaña en la mañana del 20 de julio, una vez dominados los allí reunidos.



che del 17; transcurrió, sofocante y tenso, todo el día 18. Amaneció el día 19. Fanjul se consumía en una espera terrible...

—No puedo hacer nada—decía—. Tengo que esperar. Las órdenes terminantes que poseo son las de no actuar hasta que se me ordene. Otra cosa no me es posible hacer. Soy un soldado y la disciplina no tiene apelación.

En el cuartel de la Montaña, la guarnición estaba compuesta por el regimiento de Infantería número 31, el batallón de Ingenieros Zapadores número 1 y el grupo de Alumbrado. Y en sus almacenes se guardaban cuarenta y cinco mil cerrojos de fusil (eran cincuenta mil, pero cinco mil habían sido retirados días antes por orden del Gobierno, que no pudo sacar la dotación completa por la hábil y pasiva resistencia de los jefes del cuartel), que iban a constituir un objetivo importantísimo en las próximas horas.

En el cuartel se discutió la necesidad de salir a la calle sin más esperas y adelantarse a tomar posiciones para el momento del despliegue definitivo. Los más decididos eran los oficiales. Pero los jefes se opusieron. Tampoco querían actuar sin órdenes. Esperaban que de un mo-

mento a otro el general Villegas Montesinos, designado como primer jefe del alzamiento en Madrid, diera señales de vida.

Durante la mañana continuaron los conciliábulos en el cuartel. El comandante Mateo Criado propuso acudir al general Fanjul para remediar la incomparancia del general Villegas. La proposición fue aceptada.

Durante su inmovilidad forzada en la casa que había elegido como refugio, recuerda el sobrino del general —hijo del señor Rodríguez Hernani— que su tío recibió varias visitas y que se mostraba reservado y pensativo siempre, como dominando una insufrible preocupación. Por fin llegó un enlace. Era un enlace femenino, doña Luisa Aguado de Cuadrillero, enviada por el general Villegas para que Fanjul se posesionara del edificio de la División. Fanjul contestó que no disponía de ninguna fuerza para tal acción. Más tarde llegó otro enlace de Villegas, su sobrino, el teniente de carros de combate José Calvo Rubio. Su llegada coincidió con la de los emisarios del cuartel que iban a exponerle al general el acuerdo adoptado de apelar a él. Entonces Fanjul y los que le acompañaban en aquel momento decidieron utilizar el cuartel de la

Montaña como base de operaciones en Madrid. El golpe contra la División se reputaba como irrealizable con los escasos medios con que contaban los conspiradores. La mejor solución, el cuartel. Si las fuerzas gubernamentales se apoderaran de los cuarenta y cinco mil cerrojos de fusil podrían poner en pie de combate a un número inmenso de voluntarios milicianos.

Se trataría, al menos, de contener el huracán arrasador y sangriento que podía producirse en la capital de España. Mantener a salvo el cuartel de la Montaña era decisivo. Quedó dispuesto el plan de traslado de Fanjul al cuartel.

El general fue recibido con alivio y alegría. Se informó de su llegada a Villegas, quien pasó la responsabilidad de la jefatura de la sublevación a Fanjul. El nuevo jefe se reunió en el parque del cuartel con los comisionados y les dijo que se hallaba a la disposición de todos. Luego, habló sucesivamente a las tres unidades acuarteladas en el edificio militar. Juan Manuel contó posteriormente que su padre debió considerar la situación muy mal cuando dijo en su arenga que «vamos a vencer o a morir, pero en cualquier caso salvando el honor militar».

La desconexión, las vacilaciones, la individualización de los mandos, la falta de un plan conjunto y el tiempo perdido hasta entonces no constituían precisamente motivos de optimismo.

El general Fanjul tomó las primeras disposiciones urgentes de carácter defensivo mientras organizaba su plan de ataque. La permanencia en el cuartel no era más que una medida transitoria. El cuartel tenía que ser el punto de arranque de una acción concertada entre todas las fuerzas militares de la guarnición de la capital y sus cantones.

El plan consistía en hacer la salida a las tres de la tarde y proclamar el estado de guerra. Fanjul empezó a redactar el bando. Al mismo tiempo enviaba enlaces cada dos horas al cantón de Campamento, que era el mejor dotado y con el que habría que contar necesariamente para el éxito de la operación salida. Las órdenes eran siempre terminantes y cada una más apremiante que la otra: resultaba absolutamente necesaria la formación de una columna de artillería que apoyase el despliegue urbano de las fuerzas del cuartel. Pero el coronel Castaños-Argüelles no acaba de decidirse. Aún flotaba en el aire, al parecer, la dualidad del mando. Alegaba Castaños que la orden la esperaba del general Villegas. Contestaba Fanjul que Villegas le había traspasado la jefatura. Un entrecruce bizantino de órdenes y contraórdenes. Pasaban las horas.

Quedó redactado el bando y empezó a imprimirse en la imprenta del cuartel. Era válido para toda Castilla la Nueva y se alzaba en las triples alas de los gritos «Viva España, viva la República y viva el Ejército». El bando de Fanjul quedaría inédito.

Fuera ya se agitaba el huracán. Campamento no respondía. Pasaron las tres de la tarde. De pronto, los teléfonos del cuartel quedaron mudos. No había emisora para suplir la incomunicación alámbrica. Sólo quedaba el recurso del heliógrafo. Y las salidas de los enlaces que, aun peligrosísimas, podían seguir realizándose, favorecidas por la especial situación del cuartel.

Sin el apoyo de la artillería y la conexión con los restantes cuarteles, era imposible intentar la salida. Llegó la tarde. El general ordenó la apertura de zancas para prever cualquier ataque de coches blindados. Terminó el día 19 en una tensión dramática. No pasaba nada. Nada, tampoco, cuando el día 20 asomó sus primeras luces a los cristales de las ventanas del cuartel que daban al Este. Entonces comenzó a sentirse el primer hálito del huracán. Soplaron fuertes ráfagas. Se desencadenó la tormenta. En vez de los cañones propios, sonó el estampido de un cañón contrario. Fue la señal. El bombardeo del edificio militar iba intensificándose. Apareció la aviación. ¿Serían alas propias y la situación fatídica se tornaría favorable en unos minutos? No; eran alas enemigas. Mil doscientos hombres dentro de un cuartel corriente, muy frágil y vulnerable, contra una amenazadora marea de asaltantes, apoyada por artillería y aviación.

Fanjul había establecido su puesto de mando en la oficina del coronel del regimiento de Infantería, cuyas ventanas daban a la plaza de España. El general recibió los efectos de uno de los primeros cañonazos y resultó alcanzado. Su hijo Juan Manuel lo recuerda con la cabeza vendada y la guerrera manchada de sangre. Continuó ejerciendo el mando acostado en un sofá del cuarto de banderas. Tenía fiebre. Pero cuando le llegó la noticia de que empezaba a cundir el temor entre los defensores, se levantó, sacó fuerzas de flaqueza y, erguido y digno, dirigió la palabra a la tropa. Su decisión final era ésta: el cuartel se hundiría con todos sus defensores dentro.

Pero también trabajaba la sedición interna. En una de las ventanas apareció una bandera blanca. Los asaltantes creyeron que era la señal de la rendición y se lanzaron adelante. Fueron recibidos por una lluvia de balas. Cayeron muchos y esto redobló la furia del huracán. Creyeron que se había tratado de una trampa innoble para cazar hombres a quemarropa. No hubo tal. Los rebeldes del interior sacaron el trapo blanco para indicar a los de fuera que había estallado en el cuartel un movimiento sedicioso en contra de los partidarios de la resistencia. Una confusión trágica y terrible.

La rebelión interior progresaba. Fuera, una marea humana tenía establecido un dogal de hierro en torno. Seguían cayendo proyectiles artilleros, ya eran tres las piezas que disparaban. Empezaron a caer bombas desde el aire. El general temió una carnicería. Herido y abrumado por el peso de la responsabili-

«Han saltado todos los resortes de eso que se llama Poder constituido»



Sólo un tercio de la España peninsular estaba dominada por los sublevados en julio del 36. Fieles a la República permanecían las principales capitales, así como las dos zonas más industrializadas del país: Cataluña y Vascongadas. El alzamiento había triunfado en una extensa franja de la España rural y en Oviedo, Sevilla y Cádiz.

dad de tantas vidas a su cargo, comunicó la entrega del cuartel a los mandos de los asaltantes.

En medio de un caos dantesco, la suerte repartió ciegamente sus favores. Algunos de los jefes acuartelados lograron escapar. Otros fueron capturados y milagrosamente respetados. A las doce y media de la mañana del lunes 20 de julio llegaron detenidos a la Dirección General de Seguridad el general de División Fanjul Goñi, el coronel Fernández de la Quintana, los brigadas Mommeneu y Ruiz Vera, el alférez Dessy Fernández y otros oficiales. Todos ellos recibieron la consideración de prisioneros de guerra. Juan Manuel Fanjul logró mezclarse en la innarrable confusión y huir. Iba herido. De la mano de la Providencia consiguió encontrar varios escondites, hasta que pudo refugiarse, semanas después, en la Embajada de Chile. Nada supo de su padre hasta que leyó en los periódicos la noticia de que había caído gallardamente ante un piquete de ejecución. Tenía cincuenta y seis años.

En los periódicos vespertinos del día siguiente se leía la conquista de los cuarteles de Madrid, la detención del general Fanjul, la rendición de Goded en Barcelona y un desembarco fracasado en Algeciras, heroica resistencia del Gobierno Civil de Sevilla, cañoneo del crucero «Cervantes» a los rebeldes de Cádiz, obreros y campesinos armados de Andalucía contra Queipo y sus cómplices, cinco mil mineros asturianos llegados a Madrid, la incautación por el Gobierno —noticia de las dos y media de la tarde— de los diarios «Ya», «El Debate», «El Siglo Futuro» y el ABC, «que pasan a propiedad del Estado».

Una noticia naval incluida en la información. La marinería del

acorazado «Jaime I» comunicaba haber reducido a la oficialidad y daba cuenta de la muerte de un capitán de corbeta y un teniente de navío, más una lista de heridos graves, compuesta por un teniente de navío, un alférez, ocho cabos, un cabo artillero y dos marineros. Pedían instrucciones sobre el destino de los cadáveres. Contestación telegráfica del ministro de Marina: «Con solemnidad respetuosa échelos al mar».

En la noche del día 20 parecía oírse un murmullo repetido grave y mansamente por todos los ecos: paz a los muertos.

(El día 19 entraron en el cuartel de la Montaña los falangistas voluntarios. En Alicante, su jefe nacional esperaba un determinado acontecimiento. En la calle se estaba fraguando un plan de rescate de José Antonio. El 6 de junio había fracasado uno. Este se preparó mejor. Hubiera sido una fuga peliucosa. Los tenientes falangistas Lupiáñez y Pascual, del cuartel alicantino de Benalúa, con Antonio Maciá como enlace, tenían preparada la operación. Ambos tenientes, con el grupo falangista de Callosa de Segura, se presentarían en el cuartel para recibir armas largas. Grupos de Orihuela, Crevillente y Alicante cooperarían en el arriesgado plan. La operación falló en última instancia. Horas antes, las milicias se presentaron en la prisión. Iban armadas. José Antonio y su hermano Miguel fueron encerrados juntos en la celda número 10 de la primera galería y custodiados desde entonces estrechamente por los milicianos.)

Aquellos que no se enteraron.

de la fugaz existencia de un Gobierno fantasmal presidido por Martínez Barrio —el Gabinete de emergencia, el de la negociación y el intento de pacto— tampoco se enteran de que hay un nuevo Gobierno que preside Giral. Para ellos, el mundo no es más que una esfera que gira inexorablemente, y la vida, algo que manda y obliga a seguir existiendo.

Parece que Casares Quiroga se había resistido a entregar las armas al pueblo. Otros ministros y los militares apoyaban este criterio. La fuerza de aquella especie de colisión de planetas tiene muy poco de humana. Ella impulsa y precipita los acontecimientos. Las primeras armas son entregadas. Madrid, técnicamente perdido en la estrategia de la sublevación, confirma las previsiones de los militares alzados en armas. Si Madrid quedó peinado de resistencia nacionalista. La capital de la nación es de la República. Ya no aletea ninguna oposición visible. Ya no brilla ninguna brasa en ningún foco guerrero. Todos los cuarteles, todos los cantones han capitulado. Todas las fuerzas de orden público están bajo el mando gubernamental.

Pero en las altas esferas no se sabe qué hacer con esta victoria. El precio ha sido caro: armas al pueblo. Y ahora ¿qué?

Han saltado todos los resortes normales de eso que se llama poder constituido, autoridad. Ha llegado el reino del caos, la noche interminable acedada por todos los fantasmas del repertorio dantesco. Las seis letras de España han sido tajadas por la mitad: tres a un lado y tres a otro.

La muerte se entrecruzaría de un bando a otro, con velocidad electrificante, en el curso de las horas más duras de los primeros chispazos. Romerales y Gómez Morato, en Marruecos; Fanjul, en Madrid; Núñez de Prado y Batat, en Pamplona; Goded, en Barcelona...

Y en un momento cualquiera de la larga noche, unos hombres, a un lado, piensan que sus planes se van realizando. Otros hombres, a otro, recobran su confianza y su esperanza. Unos han logra situar fuerzas de Marruecos en la Península y ganar varias provincias en unos días. Otros piensan que con Madrid, Barcelona, Valencia y todo el Cantábrico industrial a su lado, más casi toda la Escuadra y un noventa por ciento de la Aviación, el temor a la derrota se alejaba a buen paso.

«Nuestra victoria está asegurada.» «La sublevación está frenada.» «La guerra terminará en unas dos semanas.» En pocos días aplastaremos el alzamiento.» Pero también hay muchos, a una y otra orilla, que saben que la guerra será larga y terrible. Que el día más largo no se sabe cuándo acabará. Que la noche de la metáfora militar y política durará tanto como la misteriosa suma, al margen de las matemáticas humanas, cuyo resultado es hora H más hora D.

La dramática adivinanza continuaría meses y años colgada del cielo.

CRONOLOGIA HISTORICA Y POLITICA DE 1936 (HASTA EL 18 DE JULIO)

- 11 de enero. Es ultimado el pacto de las izquierdas entre comunistas y socialistas.
- 15 de enero. Se rubrica y publica el manifiesto del Frente Popular, que une a los partidos de Izquierda Republicana, Unión Republicana, Partido Socialista, Unión General de Trabajadores, Partido Comunista, Partido Nacional de Juventudes Socialistas, Partido Sindicalista y Partido Obrero de Unificación Marxista. Sánchez Román se retira del bloque.
- 2 de febrero. José Antonio pronuncia un discurso en el cine Europa, de Madrid.
- 5 de febrero. José María Gil Robles, José Calvo Sotelo y Antonio Rollo Villanova presentan la candidatura por Madrid (capital) del Frente Nacional Contrarrevolucionario.



- 16 de febrero. Se celebran las elecciones. Triunfan las izquierdas. Agitación en las calles.
- 17 de febrero. Continúan los desórdenes, desbordamiento de las izquierdas. Por la noche el general Franco se entrevista con el jefe de Gobierno. Este no accede a decretar el estado de guerra. Estado de alarma.
- 18 de febrero. Portela presenta su dimisión al presidente de la República.
- 19 de febrero. Se publican los resultados de las elecciones. Azaña forma su cuarto Gobierno.
- 21 de febrero. Primer Consejo de Ministros. Amnistía General. Franco cesa como jefe del Estado Mayor Central.
- 23 de febrero. Franco, comandante militar de Canarias.
- 25 de febrero. La Cámara queda constituida por 260 diputados de izquierda, 86 de centro y 147 de derechas. (Incluyendo las actas de derechas destruidas o invalidadas.)
- 29 de febrero. Companys, presidente de la Generalidad.
- 2 de marzo. Entra en vigor el Estatuto Catalán. Mola,

destinado a Navarra, abandona Marruecos.

- 6 de marzo. Se envían 4.500 kilos de oro al Banco de Francia.
- 11 de marzo. Entrevista secreta de Francisco Franco y José Antonio Primo de Rivera en casa de don Ramón Serrano Suñer.



- 14 de marzo. Es detenida una parte de la Junta Directiva de Falange. José Antonio es trasladado a la Dirección General de Seguridad y posteriormente a la Cárcel Modelo.
- 16 de marzo. Martínez Barrio, elegido presidente interino de las Cortes.
- 22 de marzo. Es asesinado a tiros el ex ministro de Trabajo don Alfredo Martínez García-Argüelles liberal-demócrata.
- 31 de marzo. Son anuladas las votaciones de Granada. Las minorías de derechas abandonan el Parlamento.
- 3 de abril. Quedan definitivamente constituidas las Cortes. Los escaños son repartidos entre 142 diputados de derechas, 31 de centro y 280

de izquierdas, de los cuales 16 son comunistas.

- 7 de abril. Alcalá Zamora, destituido de su cargo de presidente de la República.
- 8 de abril. Martínez Barrio es nombrado presidente interino de la República.
- 15 de abril. Entierro del Alférez Reyes, muerto en la Castellana el 14 de abril. Manifestación y choques. El teniente Castillo hiere de gravedad a un joven tradicionalista. Muere el joven falangista Andrés Saiz de Heredia.
- 18 de abril. Es desarticulado en Madrid un golpe militar planeado por el general Rodríguez del Barrio, días antes de su planeada ejecución. Los generales Varela y Orgaz, desituidos, fueron enviados, respectivamente a las Canarias y a Cádiz.
- 3 de mayo. Entra en circulación el bulo de los caramelos envenenados distribuidos por damas de las catequesis. Incendios en edificios religiosos.



- 10 de mayo. Azaña es elegido segundo presidente de la República.

- 28 de mayo. José Antonio Primo de Rivera, que continúa en la Cárcel Modelo de Madrid, es condenado a cinco meses de prisión por tenencia ilícita de armas.
- 1 de junio. Contactos entre la Falange y Mola.
- 5 de junio. José Antonio es trasladado a la prisión de Alicante.
- 16 de junio. Intervención de Calvo Sotelo en el Parlamento enumerando las causas del malestar de España. Casares Quiroga hace responsable a Calvo Sotelo de lo que pueda sucederle.
- 21 de junio. Huelga general en Valladolid.
- 1 de julio. El diputado socialista Angel Galarza justifica el asesinato para acabar con la amenaza que representa Calvo Sotelo.
- 3 de julio. Es cambiada la escolta destinada a proteger a Calvo Sotelo.
- 5 al 12 de julio. Maniobras militares en Liano Amarillo (Marruecos). El teniente coronel Yagüe insinúa a la oficialidad la posibilidad de una sublevación.
- 10 de julio. Seis falangistas asaltan la emisora de «Unión Radio» en Valencia.
- 12 de julio. Vuelve a ser cambiada la escolta de Calvo Sotelo. Muerte del teniente Castillo.



EFEMERIDES

EN EL MUNDO

1936

- 18 de enero. Muere Rudyard Kipling.
- 20 de enero. Fallece Jorge V de Inglaterra y sube al trono Eduardo VIII.
- 2 de febrero. Muere Ivan Petrovich Paulov.
- 21 de febrero. Muere Alejandro Glazunov.
- 7 de marzo. Hitler remilitariza la zona de Renania.
- 29 de marzo. El 99 por 100 del electorado alemán vota por los nazis.

- 18 de abril. Muere Ottorino Respighi.
- 28 de abril. Faruk sube al trono de Egipto por fallecimiento de Fuad I.
- 3 de mayo. Victoria del Frente Popular en las elecciones francesas.
- 5 de mayo. Las tropas italianas ocupan Addis Abeba, finalizando la guerra de Abisinia. Cuatro días después Italia se anexiona el país y Mussolini proclama en Roma el Imperio.
- 8 de mayo. Muere Oswald Spengler.
- 14 de junio. Muere G. K. Chesterton.
- 17 de junio. Muere Máximo Gorki.

- 13 de julio. A las tres de la madrugada del día 13 es sacado de su casa Calvo Sotelo y asesinado.
- 15 de julio. Discurso de Gil Robles: «Nos expulsais de la legalidad».
- 16 de julio. Creciente inquietud en Madrid. El Gobierno celebra varios consejos a lo largo del día y permanece ansiosamente a la espera de noticias.
- 17 de julio. La guarnición de Melilla inicia el alzamiento contra el Gobierno de la República. El general Franco llega a Las Palmas desde Tenerife.
- 18 de julio. La sublevación estalla en la Península y triunfa en Valladolid, Zaragoza y Sevilla. Comienza la guerra civil.

La semana próxima:

LIBERACION DEL ALCAZAR DE TOLEDO

2.º fascículo de 1936

El Gobierno de la República se incauta de la casa de ABC

Asesinato de Calvo Sotelo por las fuerzas de orden público

Madrid, 18 de Julio de 1936

Cronología histórica y política de 1936 (hasta el 18 de Julio)